

Revisión en los jesuitas: ¿hasta dónde?

CONTRIBUIR a la inflación informativa en materia jesuitica es, en estos momentos, un tanto arriesgado. El mismo viaje del P. Arrupe, sus manifestaciones, sus visitas, aumentarán por unos días el ya abundante dossier periodístico sobre el tema. Una intervención en el debate sólo puede justificarse como esfuerzo por centrar el asunto.

Nadie puede negar honestamente que los jesuitas atraviesan un período de crisis. Negarlo sería, entre otras cosas, hacer un triste favor a la sensibilidad frente a los problemas de la Iglesia universal. Y ésta es la cuestión: la crisis jesuitica debe enmarcarse en su contexto. Porque sólo dentro del contexto adquiere verdadero sentido y permite una más justa estimación.

A este contexto atienden los jesuitas, examinando la evolución de la Iglesia de que forman parte. El resultado resumido de sus observaciones nos viene dado en un sumario del «survey» o estudio general realizado de 1966 a 1970 por encargo del P. Arrupe. En lo que se refiere a la Iglesia en la Europa occidental, el estudio revela las siguientes características:

1. — Incertidumbre, tanto de los creyentes como de los no creyentes, respecto a la Iglesia y a la fe. Desciende la práctica religiosa.
2. — Polarización en partidos dentro de la Iglesia.
3. — Crítica de la «institucionalización» y deseo de agrupaciones a escala humana.
4. — Conciencia creyente de la misión de la Iglesia frente a los problemas del mundo, pero escepticismo respecto a las posibilidades.
5. — Voluntad de democratización en la Iglesia, frente al deseo de mayor ejercicio de la autoridad.
6. — Voluntad de compromiso serio en el diálogo ecuménico y con las ideologías no cristianas.
7. — Crisis respecto al sacerdocio y a la vida religiosa, con disminución de las vocaciones y aumento de salidas.

El resumen es esquemático, pero suficientemente revelador. En este índice los jesuitas encuentran sometidos a revisión principios doctrinales y de conducta, de los que —justa o injustamente— aparecían históricamente como portaestandartes.

Para la Compañía española cuenta, además, un nuevo punto problemático que afecta a la totalidad eclesial de este país. La Iglesia viva de hoy inicia una re-

visión de su tradicional apoyo, implícito y explícito, a las coaliciones conservadoras de la historia contemporánea que pesa hoy dolorosamente sobre la nueva Iglesia. La Compañía ha sido frecuentemente puntal y signo de aquella alianza. Y hoy vive la misma preocupación autocrítica.

En resumen: la crisis de la Iglesia católico-romana se vive en la Compañía y la crisis de la Iglesia española se vive en la Compañía española.

Esta crisis lógicamente inevitable no se limita a una simple desorientación en la selección de objetivos, sino que va más allá, hasta provocar una «crisis de identidad».

En este sentido se pronunciaba el informe de la provincial valona al P. General: «Si (los jesuitas) quieren realizar su agglomero, en un mundo en el que el cambio se acelera, no basta con definir un cierto número de misiones. Es preciso cambiar la actitud global. En otros términos, no hay que investigar en primer lugar lo que se debe hacer, sino lo que se quiere ser. Es preciso volver a definir la misma Compañía de Jesús».

Una redefinición de la Compañía debe hacerse forzosamente con referencia a un modelo de Iglesia a la que se pretende servir. De su adecuación a la Iglesia que renace depende, pues, la suerte de los jesuitas. Se trata de saber si pueden seguir sirviendo a la Iglesia real, a la Iglesia que se dibuja hoy de modo confuso, pero en la que es posible caracterizar algunas líneas. Así, para el mismo informe europeo del «survey» presentado al padre Arrupe, «la Iglesia de los años 1985-1990, en Europa occidental, será una Iglesia de diáspora, agrupando en comunidad misionera un pequeño número de fieles, comprometidos en su conciencia, pero dispersos en un mundo pluralista y desacralizado. Ya no tendrán ningún privilegio ni poder mundano en un mundo secularizado. Como todos los grupos que quieren dar respuesta a las cuestiones metafísicas de los hombres, tendrá el derecho de vivir y de hablar si se presenta como misionera (al servicio de los hombres), evangélica (anunciando la Palabra verdaderamente liberadora), profética (proponiendo a los hombres el sentido y el fin), pastoral (guiando a los hombres hacia la reconciliación fraterna en Cristo vivo...). Uno de los principales motivos de su credibilidad será precisamente la autenticidad de su vida».

A nivel general, sin embargo, es necesario preguntarse hasta qué punto han de-

cidido los jesuitas su opción, frente al dinamismo real de la Iglesia viva. Caben, en el seno de la Orden, distintas líneas de conducta. Es posible encerrarse en la defensa, más o menos inteligente, del modelo eclesial post-tridentino. Puede optarse también por el revisionismo moderado, corrigiendo progresivamente los aspectos más ofensivos de un esquema superado. En esta actitud la Compañía, al juicio de algunos, jugaría junto con otros grupos el papel de ala «izquierda» en la interpretación prudente del Vaticano II. Una tercera posibilidad, no desligada totalmente del impulso de la anterior, sería emprender decidida y radicalmente la iniciativa en la eliminación de aquellos aspectos eclesiales en plena crisis y adentrarse arriesgadamente en nuevas formas de vida y de acción, aun a costa de bordear terrenos hasta hoy sospechosos o clasificados imperativamente como vedados.

Parece que los jesuitas han hecho un esfuerzo de lucidez en el diagnóstico de los problemas propios, en cuanto reflejo de los problemas de la Iglesia Católica. Los documentos oficiales dan pie para estimarlo así. La cuestión actual es conocer si esa lucidez a la hora del análisis tendrá consecuencias en el momento de decidir una trayectoria.

Es cierto que, en el terreno de la práctica, pesan factores de diferentes órdenes. Precisamente se trata de saber en qué medida tienen los jesuitas fuerza suficiente para romper arraigados moldes y para disolver sólidos compromisos históricos. Se trata de averiguar si poseen todavía vitalidad suficiente para reinterpretar tradiciones válidas y emprender una aventura original, en consonancia con la hora de la Iglesia real. Se trata de averiguar hasta qué punto comparten, y si lo hacen en el mismo sentido, aquella disposición de ánimo de Ignacio de Loyola cuando —en sus dificultades con Roma— afirmaba que un cuarto de hora de oración le devolvería la tranquilidad, si se le comunicaba la extinción o supresión de la Orden por él fundada.

Encerrarse en soluciones de parcheo, más o menos disfrazadas de novedad, sería dar por anticipado respuesta negativa a las cuestiones anteriores. Lo grave es que, supuesto lo lúcido del diagnóstico, la solución prefabricada podría representar un error con graves consecuencias.

J. M. VALLÉS